

Proceso de análisis e investigación: autopercepción intelectual de un proceso histórico	Título
González Casanova, Pablo - Autor/a;	Autor(es)
De la sociología del poder a la sociología de la explotación: pensar América Latina en el siglo XXI	En:
Bogotá	Lugar
Siglo del Hombre Editores CLACSO	Editorial/Editor
2009	Fecha
	Colección
Historias de vida; Autobiografía; González Casanova, Pablo;	Temas
Capítulo de Libro	Tipo de documento
"http://biblioteca.clacso.edu.ar/clacso/coediciones/20150112054952/03.pdf"	URL
Reconocimiento-No Comercial-Sin Derivadas CC BY-NC-ND http://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/2.0/deed.es	Licencia

Segui buscando en la Red de Bibliotecas Virtuales de CLACSO

<http://biblioteca.clacso.edu.ar>

Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (CLACSO)

Conselho Latino-americano de Ciências Sociais (CLACSO)

Latin American Council of Social Sciences (CLACSO)

www.clacso.edu.ar



Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales
Conselho Latino-americano de Ciências Sociais
Latin American Council of Social Sciences



PROCESO DE ANÁLISIS E INVESTIGACIÓN: AUTOPERCEPCIÓN INTELLECTUAL DE UN PROCESO HISTÓRICO¹

*Una red maravillosa de encuentros y situaciones en
que aprende a pensar, a investigar, a entender las
diversas expresiones de cultura.*

MI FORMACIÓN

Hijo de un exportador de henequén que murió en su casa de mármol en la Quinta Avenida de Nueva York, mi padre me ahorró la rebelión necesaria haciéndome heredero de la suya.

Una parte de su familia, que pertenecía a la burguesía lechera del valle de Lerma, lo envió a estudiar química a Alemania, tal vez con la intención de que a su regreso aplicara sus conocimientos a hacer quesos y otros productos lácteos.

El caso es que mi padre estudió filología clásica y se volvió socialista. Además, según él mismo nos contó, en un viaje de vacaciones a México, cuando aún acarreaba ciertas ínfulas de señorito de hacienda, le enseñó a deshacerse de ellas el segundo esposo de

¹ Texto extraído de la revista *Anthropos. Huellas del Conocimiento*, No. 168, Barcelona, octubre de 1995, pp. 7-13.

mi abuela, quien era también su tío. Gracias a la lección del tío Juan, mi padre habría de vivir y yo de nacer.

En plena Revolución Mexicana se supo un día que los zapatistas iban a llegar a la hacienda. Como el tío Juan había salido en su burro al acostumbrado paseo que hacía entre el desayuno y el almuerzo, mi padre asumió el mando, y ordenó a peones y caporales cerrar las puertas y preparar las armas.

Cuando regresó el tío Juan y supo qué pasaba, lanzó un “¡Válgame Dios!”, al que pronto añadió la orden de matar 10 ó 15 borregos para hacer barbacoa. También pidió que abrieran de par en par las puertas de la hacienda. Llegaron los zapatistas y todo se convirtió en una magnífica y extraña fiesta.

Lo curioso es que en otro viaje a México, ya de regreso a Europa, camino de Veracruz, donde debía tomar el vapor para Bremen, los zapatistas detuvieron el tren en que mi padre viajaba, y al revisar sus papeles declararon que era el general Pablo González, un siniestro norteno ladrón, según decían en la familia, y cómplice del asesinato de Zapata, según cuenta la historia. Pronto le formaron a mi padre pelotón de fusilamiento y sólo gracias a un peón salvó la vida. Bajo su palabra, juró el peón que mi padre era el *niño Pablo* de “por” la hacienda de “Doña Rosa”, de familia amiga de Zapata y los campesinos, y que nada tenía que ver con el general Pablo González.

Más tarde, para que así constara a todos y nadie pensara que yo venía de otro tronco, mi padre me inscribió en el registro civil con su nombre completo: Pablo González Casanova.

(Precisiones: 1) Mi imaginación del pasado remoto es distinta de la de mi hermano Henrique. Me dice Henrique que de mármol no era la casa de mi abuelo, sino las losas que mandó hacer mi bisabuelo, el coronel Pablo González, en recuerdo de sus batallas. Esas losas se encuentran hoy en el parque del Centenario de la ciudad de Mérida. Fueron, dice un libro, “el inusitado y vanidoso adorno” de la casa de mi bisabuelo, y son también de piedra. 2) Cuenta Henrique que fue mi abuela quien mandó a estudiar química a mi padre, ante la amenaza que él le hizo de volverse jesuita si lo dejaba en el Colegio de Mascarones. Me aclara que

fue a estudiar química a Alemania porque a él le gustaba la magia blanca y la magia negra. Yo recuerdo que cuando regresó, era un poco rosacruz, y le encantaba el *Fausto*. 3) Me aclara Henrique que la hacienda de doña Rosa era de don Enrique G. Salceda. No sé si mi tío Juan estaba en ese tiempo a cargo de ella. 4) Dice Henrique que no fue un peón quien le salvó la vida a mi padre, sino un sacerdote con el que se iba a confesar antes de que lo fusilaran. Yo creo que ese sacerdote era un peón. En todo caso, lo que se me quedó de esta historia del origen de mi vida es la lección del tío Juan y la imagen del campesino que detuvo la salva, para mí fatal, del pelotón de fusilamiento).

En el terreno político e ideológico, mi padre me dejó también una herencia que hice mía en relación con la universidad, con el pluralismo ideológico y el socialismo. Siendo él hombre de izquierda y preciándose de serlo (todavía recuerdo cuando en Tenancingo preparó la pistola para defender al general Lázaro Cárdenas, por si fuera necesario), mi padre apoyó la lucha por la autonomía universitaria, una lucha encabezada por don Manuel Gómez Morín, rector magnífico que se opuso a hacer de la institución un centro de enseñanza marxista-leninista, como quería entonces el líder del movimiento obrero y antiguo director de la Escuela Nacional Preparatoria, Vicente Lombardo Toledano. No tuvo dudas mi padre en luchar a brazo partido contra los bomberos que quisieron golpear al rector, y contra los marxistas que quisieron imponer una filosofía oficial en la universidad. Convencido de que el socialismo es el único sistema que puede alcanzar la justicia, creía que era imposible que la alcanzara sin la democracia y el pluralismo religioso e ideológico. En todos estos terrenos, mi padre me dejó claras lecciones; sobre el socialismo le oí muchas veces hablar con mi tío Luis Espinoza, quien siendo hijo de uno de los más grandes hacendados del país —el dueño de “La Angostura”—, se fue a la revolución con el general Felipe Ángeles, que peleaba en las huestes de Francisco Villa, y después se vinculó de por vida al Sindicato Mexicano de Electricistas. Con mi tío Luis y con los líderes “trotskistas” del sindicato —entre otros Francisco Breña Álvarez— mi padre hablaba a

menudo, sobre todo los domingos en la mañana, del socialismo, de Rusia y de Stalin.

En el terreno religioso nos contó mi padre que de chico había dejado de creer en Dios y que precisamente por eso, en la escuela de jesuitas donde estudiaba, su profesor principal le pidió alguna vez que defendiera a Dios frente al más creyente de sus discípulos, a quien le dio la tarea contraria. “Por supuesto, gané”, nos decía mi padre con una gran sonrisa cómplice.

Él le prestaba el abono del tranvía a mi nana Camerina, que era una campesina maravillosa de Buena Vista de Cuéllar, quien todos los días iba a misa de cinco, como buena hija de María. Cuando un día mi nana le pidió permiso a mi padre para llevamos a la iglesia, él se lo dio, y desde entonces mi hermano Henrique y yo empezamos a aprender religión por boca de Camerina, que en su templo de Tacubaya, lo primero que hizo fue mostrarnos a san Miguel con Satanás a sus pies, vencido en un triunfo irrevocable que ella interpretaba con sus mitos de pueblo. Supe así que no ser católico y respetar profundamente a los católicos, y hasta prestarles el abono del tranvía y dejarlos que eduquen a los hijos de uno en la religión eran actos perfectamente compatibles, a diferencia de lo que había hecho el presidente Calles, detestado en toda mi familia, en especial por mis tías y tíos más devotos, que organizaban misas a escondidas.

Cuando a principios de los treinta empezó a crecer el movimiento de los nazis en Alemania, con ecos en el fascismo español y el mexicano, mi padre hizo de la lucha por los judíos una de sus banderas principales. Él mismo sabía yiddish y un poco de hebreo. Por amor a una judía hermosísima, cuando era estudiante, o por su facilidad para los idiomas, aprendió esos dos idiomas, entre muchos otros, y dominó el yiddish a la perfección con un complemento de simpatías profundas que con frecuencia lo llevaron a sentirse un poco sefardita, o descendiente de judíos, sentimiento que le servía para probar que no hay razas puras y para tener la satisfacción de mostrarse como un ejemplo de mestizaje ario-judío.

Su lucha por los judíos en México y contra el antisemitismo en el mundo y en el país le valió un respeto enorme de la comu-

nidad israelita, cuyos representantes me contaron más tarde con admiración y avaricia satisfecha que nunca había querido aceptar nada de ellos. Con razón, cuando murió mi padre, recuerdo que en los comedores y en el patio de la casa de Tacubaya, y en el cuarto donde lo velaban, había más judíos que cristianos, y entre éstos sobre todo universitarios de la UNAM y periodistas de *El Universal*, un periódico donde mi padre escribía el editorial todos los lunes y donde dirigía un suplemento cultural.

Creo que también le debo a mi padre cierta preocupación por el rigor en las investigaciones, aunque de eso no estoy muy seguro, pues él murió cuando yo apenas tenía 14 años. He sabido tiempo después que sus trabajos de filología y fonética en náhuatl y otras lenguas indígenas ocupan un lugar muy importante en los estudios de los especialistas, y que él fue pionero en imponer varios criterios particularmente rigurosos para ese tipo de estudios.

Lo que sí sé con toda claridad es que mi opción intelectual se la debo en gran parte a mi padre, sobre todo a raíz de que me sacó de la escuela por flojo. Yo tenía muchos problemas para estudiar. El primero era la desatención. Una vez mi padre me dijo que iba a mandar a hacer una maquinita que subiera y bajara y que me obligara a fijarme en ella so pena de que me golpeará la mano.

Sus reacciones eran inesperadas y llegaban a desconcertarme. Una vez le pidió a don José de J. Núñez y Domínguez que escribiera una poesía para que yo la recitara el Día del Maestro, y cuando yo estaba delante de todo el patio con niños, profesores y padres de familia formados, un niño me sacó la lengua y sólo pude decir los dos primeros versos: “Maestros, venimos en este día a rendirte pleitesía...”. De regreso a la casa, el temor de que mi padre se encolerizara, que también angustiaba mucho a mi madre, se convirtió en una sorpresa infinita cuando mi padre se rió con benevolencia y dijo que no debíamos preocuparnos.

Llegó un momento en que me sacó de la escuela:

Hijo, me doy cuenta que nada más te estamos molestando; probablemente lo que te gusta a ti es trabajar con tus manos. Y eso es muy bueno. He hablado con el maestro carpintero y el lunes te re-

cibe en su taller. Puedes aprender carpintería y después, si te gusta, ebanistería, u otro oficio.

No estaba nada enojado, para mi sorpresa, y parecía hasta contenidamente entusiasta.

Mi vida en el taller del carpintero fue un desastre: aparte de mi ineptitud, su hijo se dedicaba a molestarme todo lo que podía. Después de unos meses, una tarde mi padre me preguntó: ¿Te gustaría estudiar griego o latín? “Latín”, le dije, y reanudé poco a poco mi reingreso al Espíritu. Poco tiempo después murió mi padre.

La situación de la familia se volvió muy dura. Al dolor temible de una mujer que quedaba viuda a los 32 años, y al vacío que dejaba en su vida un hombre al que ella amaba muchísimo, se añadió una situación económica difícil, que influyó también en mi formación intelectual. Don Manuel Gómez Monín aconsejó a mi madre sobre cómo emplear su dinero y cómo educarme. Entré a estudiar contabilidad en una escuela privada, y cuando obtuve mi diploma de contador quise ponerme a trabajar. Don Manuel trató de disuadirme, y lo logró dándome un empleo de ayudante de cajero en el Banco de Londres y México. El trabajo consistía en clasificar papeles de colores, verdes, amarillos y rosas. Era aburridísimo. El viernes siguiente, después de cobrar, le fui a decir a don Manuel que quería inscribirme en la secundaria.

En esa época me volví muy estudioso. Mi madre fue realizando una labor que cada vez me asombra más. Ella había estudiado en una escuela de monjas y sabía muy bien el francés, idioma en el que conversaba con mi padre cada vez que querían que no nos enteráramos de lo que estaban diciendo. Mujer muy inteligente, declaraba su ignorancia con rara frecuencia y cultivaba la memoria de mi padre con la intención de que lo emuláramos hasta donde fuera posible. Pero ni era tan ignorante ella como decía, ni sus dudas sobre nosotros lograban que creyéramos realmente imposible ser como nuestro padre. Además, mi madre procuraba que fuéramos más ordenados que él, por ejemplo, que no guardáramos nuestros libros con ese desorden que mi padre tenía en su

biblioteca y que tantos problemas le había causado para su trabajo intelectual. Nos enseñó a ser muy puntuales en una época en que no era tan importante la puntualidad, y nos puso una maestra para que estudiáramos inglés, y otra para que estudiáramos francés; una se llamaba miss Mackie y otra Marise. También nos enseñó a ayudarla en las tareas de la casa haciendo nuestra cama y en otros trabajos domésticos que nos quitaran en algo la idea de que éstos no eran trabajos de hombres. Al arte de vivir y resolver problemas concretos, algunos que incluso venían de dramas familiares que ella enfrentó y resolvió sola con gran valentía, mi madre añadió otra educación más que parecía invitarnos a resolver un enigma en la conducta de mi padre, a saber, que siendo un hombre muy inteligente y muy bueno, ella no sabía por qué cualquier mediocre lo podía engañar, robarle las ideas, quitarle los empleos y hacerle mil tropelías sin que él lograra defenderse bien. Estas reflexiones, con muchos ejemplos, fueron como una invitación permanente para que aprendiéramos política.

También aprendí box; me enseñó un compañero de la escuela que se llamaba Jorge Arroyo Aspe, para que me defendiera de un gordo llamado Alejandro, que me molestaba mucho y al que un día hice polvo. En todo caso, aparte del orden, la puntualidad, el inglés y el francés, los trabajos del día y de la casa, mi madre fortaleció mi voluntad tremendamente.

Yo hice la secundaria en dos años, la preparatoria en uno, y saqué el primer lugar de mi generación al terminar el segundo grado de la Facultad de Derecho. Entonces decidí hacerme historiador. Recuerdo que cuando se lo dije a mi madre, ella se opuso lo más que pudo, pues le pareció que iba por las andadas de una vida tan difícil como la que había sido la de mi padre con la filología. Pero pronto se conformó y años después se la veía tranquila al ver que mi vida era más fácil de lo que ella había imaginado.

Lo que más me enseñó mi padre fue a organizar todo con relación a la voluntad; de manera íntima, diaria, a diferencia de mi padre, que me regaló las cartas de lord Chesterfield a su hijo en una edición roja, en Londres, y que, aunque me puso a un tío militar como maestro de esgrima, y nos enseñó muy bien a no eno-

jarnos para no perder y para no caer atravesados por el florete, yo siempre sentí que su firmeza era más romántica que política, y su moral más fuerte que su habilidad para la lucha.

Al dejar la Facultad de Derecho entré de tiempo completo en El Colegio de México. Allí mis profesores tuvieron un fuerte impacto en mi formación. No es que los del bachillerato y de la Facultad de Derecho no lo hayan tenido; pero los siento como más remotos, y pienso que las materias que me enseñaban o sus gestos, más que ellos como *magisters*, se quedaron grabados en mi memoria y en mis reflexiones. Los dos años de Introducción al Derecho han sido fundamentales en mi cultura, y los pasajes de la *Iliada* que nos leía don Erasmo Castellanos Quinto con voces de trovador, así como el curso preciso de español de don Agustín Yáñez, y muchos cursos más me dejaron un buen legado de aprendiz de jurista y bachiller con refuerzos importantes en la historia nacional (Amáiz y Freg) y en la filosofía (Menéndez Samará). De todos esos cursos, sin duda el más influyente fue el del propio Yáñez, que me acercó a la intimidad del español del siglo XX y me mostró al detalle la sobriedad de Ganivet y la inimitable puntuación de Azorín. Por ese tiempo publiqué con mi hermano Henrique una colección de cuentos llamada *Lunes* y escribí una novela que Botas me ofreció publicar si le daba unos cuantos pesos.

Mis maestros de El Colegio de México fueron decisivos. Formaban una generación con un estilo de trabajo común y variado. La mayoría venía de la España derrotada por Franco, otros eran de México. Nos enseñaron a trabajar para pensar, a investigar lo que no sabíamos, y a escribir de lo que estuviéramos seguros, listos a descubrir errores tras haber hecho esfuerzos por eliminarlos. Varios de ellos habían estudiado en Alemania, y lo tenían a orgullo. José Gaos y José Miranda habían sido rector y secretario general de la Universidad Central de Madrid; pero uno estaba más orgulloso de ser filósofo y otro más contento de ser historiador. Gaos daba unas lecciones bellísimas, de una claridad que contrastaba con sus oscuros y doloridos textos. Recuerdo su consejo: si escribes un libro —se refería sobre todo a una tesis—, éste tiene

que ser de tal modo importante en el estudio del tema que quien vuelva a estudiar ese tema y no cite tu tesis se diga que hizo un mal trabajo. De José Gaos recuerdo también que en los exámenes profesionales criticaba las tesis de los alumnos para que las mejoraran, aunque ya nos hubiera dicho antes cómo corregirlas.

José Miranda y Silvio Zavala me enseñaron cómo trabajar en historia de las instituciones, y Ramón Iglesia en la de las ideas. Conchita Muedra me enseñó paleografía, y don Agustín Millares Carlo, latín clásico. El señor Juan B. Iguíniz, biblioteconomía, don Pablo Martínez del Río, prehistoria al estilo inglés; Rafael Sánchez Ventura, historia del arte cargada al siglo XX, y don José Medina Echeverría, sociología weberiana como forma de pensar las relaciones entre lo abstracto y lo cotidiano. Todos me enseñaron a pensar con ideas y a trabajar con cajas de zapatos: éstas servían para clasificar las tarjetas y los datos que íbamos recogiendo. Eran nuestras computadoras elementales: tenían la misma lógica.

Cuando recuerdo aquella generación de profesores de El Colegio de México me vienen los sentimientos de una generación herida que defendía la libertad frente a una cultura dogmática, autoritaria, fascista, magisterial, cuartelera; asesina de todo un pueblo con sus sueños y canciones, que ellos contaban y cantaban en las reuniones que hacíamos en sus casas, o en las nuestras, con una fraternidad y una alegría en las que también me educaron, rompiendo las distancias de mis profesores a la antigua de la Universidad Nacional.

La filosofía que predominaba en El Colegio era el historicismo, con toda su búsqueda de situaciones relativas y temporales. También había la tendencia a cierto eclecticismo, que derivaba a veces del deseo de mostrar respeto por varias filosofías sin llegar a explicar por qué unas acertaban en unas cosas y otras en otras, circunstancia que con razón no dejaba de molestar a los propios eclécticos. En ese ambiente, la influencia de mi mejor amigo, que era un comunista cubano llamado Julio Le Riverend Brusone, fue decisiva y preocupante. Él y Mercedes, su compañera de toda la vida, habían estado en las cárceles de Machado y ambos eran militantes activísimos del “partido”. De Julio aprendí algo

notable, que, a diferencia de los comunistas mexicanos a quienes había conocido, hablaba bien de quienes no pensaban como él y respetaba y cultivaba con afecto a ciertos conservadores y burgueses, como don Antonio Pompa y Pompa y don Silvio Zavala, y a muchos más a los que oía para buscar coincidencias y entender razones. Después descubrí que su actitud correspondía a cierto estilo de los comunistas martianos.

Con Julio y Ramón Iglesia aprendí también a hacer fiestas muy alegres, entre antillanas, andaluzas y gallegas, con un poco de nuestra propia picaresca. Mi otro gran maestro extracátedra fue Alfonso Reyes, que, en pláticas sabatinas, con mal vino y poco, que servía sólo a veces doña Manuelita, su esposa, me enseñó el rigor de las narraciones alegres sobre literatura, y la forma de mezclarlas con las anécdotas de la vida y de las travesuras.

Don Alfonso Reyes me enseñó a leer:

Cuando des una conferencia, y en vez de decir la leas, tienes que leer como titubeando, y que detenerte de pronto, como si estuvieras sorprendido de lo que dice el texto y hasta dudoso de leerlo. También tienes que mirar al público para ver si no se duerme y, como los grandes actores, no te olvides de sentir un poco de miedo antes de entrar al aula.

Fui a Francia a estudiar sociología; pero el maestro que más me atendió fue Fernand Braudel, y lo que estudié más fue filosofía. En esa época también leí una cantidad enorme de novelas y fui a la Comedia Francesa y a otros teatros hasta dos veces por semana, con muchos domingos dedicados a visitar museos, o a ver en el mismo museo el mismo cuadro. Me había casado, y mi mujer me presionó para que fuera más culto o menos ignorante de los grandes novelistas de Francia, Inglaterra, Alemania, Rusia e Italia. Ella misma estudiaba crítica de arte en la Escuela del Museo del Louvre, y me dio a leer libros como *Saper vedere*, que, con las visitas a los museos, me crearon la adicción de ver cuadros. Con ella también aprendí a interesarme en las conversaciones de la gente culta, con memoria y sentido del humor, y *boutades* ge-

nerosas o pruebas de inteligencia y agudeza, que alternaban con otras por las que se comprobaba estar al día en las últimas novelas de Sartre, Camus o Simone de Beauvoir, o en traducciones de Heidegger y ensayos de Merleau Ponty.

Nunca había visto la conversación culta como un verdadero arte, ni con don Alfonso Reyes, porque el suyo era muy pacífico e invisible, y este otro venía de las lides de Victoria Ocampo y un círculo de ingenios, con gente muy seria y muy inteligente, como Pedro Henríquez Ureña, Jorge Luis Borges y Adolfo Bioy Casares. No sé cómo decirlo. Me gustó mucho, aunque me sentí siempre a la defensiva por mi falta de rapidez, de memoria y de cultura.

Pero entonces aprendí a admirar la inteligencia de Octavio Paz, que era consejero cultural de la Embajada y un notable conversador en lucha, e inicié una amistad fraternal y extraordinaria con Luis Cardoza y Aragón, el “lobo feroz”, como lo llamaríamos más tarde, y con Lya, su mujer.

Natacha me enseñó a no tenerle miedo a la sociedad, a los grandes escritores, a los embajadores y a los políticos. Me ayudó a desarrollar esa parte de mi personalidad acallada e inculta. Realmente era una delicia escucharlos y participar en sus conversaciones, e invitarlos y hacerse amigo de ellos y de otros grandes escritores y pensadores notables.

También entonces conocí a Manuel Cabrera, que tenía un sentido de la competencia medio mexicano o local, y que me enseñó a entender *El ser y el tiempo* de Heidegger. En otro orden de ideas y emociones, encontré en París a un hermano más, un maestro y alumno de excepción que fue el médico Enrique Cabrera, de quien el Hospital Nacional de Cuba lleva su nombre. Enrique me enseñó las reglas del bridge y de las discusiones escolásticas, y “yo lo hice comunista”, según diría su padre, don Luis, autor del notable libro sobre *La herencia de Carranza* y del Artículo 27 constitucional.

Desde entonces aprendí que podía cambiar el destino de la gente y que ésta podía tomar mis palabras mucho más en serio de lo que yo las tomaba. Nunca creí que Enrique hubiera cambiado

tanto por culpa mía, pero siento que tuve responsabilidad en su cambio y que él hizo con algunas de mis ideas lo que yo no hice: comprometerse hasta el fin con quienes las practican sin relativismo ni eclecticismo, como ideologías excluyentes y creadoras.

En París estudié filosofía, sociología y marxismo. Los estudié más de lo que nunca los había estudiado. Fueron mis maestros Jean Hyppolite, con quien seguí un curso de dos años sobre la introducción a la *Fenomenología del espíritu* de Hegel, línea por línea y palabra por palabra; Georges Gurvitch, Georges Friedman y Gabriel Le Bras, con quienes seguí cursos de sociología general, sociología del conocimiento, sociología del trabajo y sociología de la religión. Y como añoranza de mis estudios de historia de las ideas, seguí un breve curso de Étienne Gilson sobre Santo Tomás de Aquino. En el dominio de mi oficio traté de ir pasando de la historia de las ideas a la sociología del conocimiento, y mi tesis de doctorado fue un intento de esa transición; quiso ser un estudio de América como ideología y utopía. Como muchos libros más, no la corregí suficientemente como para publicarla. La descuidé, como a Fernand Braudel, que hasta mi regreso siempre fue muy generoso y hospitalario conmigo, aunque receloso de ver que abandonaba la historia por la sociología.

En el marxismo me interesé por Gramsci, y a Gramsci lo conocí porque me regaló sus obras completas, recién publicadas por Einaudi, Vicente Lombardo Toledano. Claro que en esa época todo el mundo hablaba de marxismo. Yo mismo estaba estudiando a Hegel para estudiar a Marx. En el ambiente intelectual del París de la posguerra, Marx estaba en el existencialismo, en el pensamiento conservador más avanzado de nuestro tiempo, el de Raymond Aron, y en el del poderoso y dogmático Partido Comunista Francés; pero el autor que más me interesó fue Gramsci. Fue él quien me acercó con su indiscutible liderazgo intelectual a un nuevo planteamiento de la democracia. Y allí vino una combinación de ideas que forjaron mi existencia y que yo identifico con Gramsci, con Lombardo Toledano y con mis maestras de la primaria, la señorita Balmori, la señorita Julia Román y la señorita Emilia, su hermana.

Yo creo que la forma libre y justa de pensar que me dejó mi padre se reforzó con la filosofía magnífica de Gramsci, y que el sentido patriótico que mis maestras de la primaria, y todo el sistema escolar mexicano, se combinaron con el encuentro del comunismo —que yo conocí por Le Riverend y por un amigo tranviario llamado Suárez— y con el nacionalismo marxista-leninista al estilo oficial mexicano, en que Lombardo fue un maestro innegable. Con tan prodigiosa mixtión, al regresar a México estaba listo para formar parte de la clase política. Pero regresé a El Colegio como investigador, y a los pocos años me fui al Instituto de Investigaciones Sociales de la UNAM, cuyo director, don Lucio Mendieta y Núñez, otro amigo de mi padre, me había mandado a Europa precisamente a estudiar sociología.

Durante cinco años, entre siete y diez de la mañana, me puse en México a estudiar estadística y sociología empírica; sentía que me faltaba dar ese paso importante para no quedarme en la historia atractiva, ni en la necesaria filosofía, ni en una sociología que no aprovechara esas formas de pensar y experimentar que los norteamericanos ponían por entonces de moda en las ciencias sociales y que obligaban a otro rigor y a una nueva imaginación.

Mi gusto por el estudio de la estadística fue inmenso. Mi maestro de unas cuantas lecciones fue un antiguo compañero de la Escuela Nacional de Antropología, Felipe Montemayor. Y libros, muchos libros con muchos ejercicios y mi calculadora sueca. Pero la estadística me creó un nuevo problema de heterodoxia con marxistas y estructural-funcionalistas en que me resultó tan difícil el alineamiento intelectual con unos y otros como me había resultado el alineamiento con los partidos de izquierda, con el Partido Revolucionario Institucional (PRI) y aún antes con el Partido de Acción Nacional (PAN).

Para alejar el peligro de una inminente esquizofrenia, concentré mis esfuerzos intelectuales en el estudio de los campos de intersección o confluencia de ideologías encontradas, más que con un afán de eclecticismo que yo mismo despreciaba, con el de descubrir combinaciones y permutaciones, que sin saberlo entonces, iban a ser la base de la evolución del neocapitalismo y sus media-

ciones, y de muchos paradigmas de la realidad y las ciencias sociales. La salida o solución que encontré no fue siempre consciente; pero subyace a lo largo de la obra realizada y de sus oscilaciones entre las categorías marxistas y las estructural-funcionalistas, que tuve que analizar en ese libro sobre *La falacia de las ciencias sociales* al que le puso un prólogo que me encantó Adam Schaff, y que precisé en un libro pedante y oscuro que me propongo aclarar y traducir, y que publiqué bajo el título de *Sociología de la explotación*. En ambos, las clases y sus mediaciones alcanzaron una presencia que no puedo olvidar si quiero pensar.

A una escala más próxima a la lucha política, con *La democracia en México* inicié una exploración de la libertad, de la participación y representación en el gobierno y el Estado, del problema de la soberanía nacional y estatal, y de la necesaria confluencia en el proyecto de quienes piensan o pensaban con filosofías empiristas o marxistas.

En mis posiciones políticas personales decidí no meterme en ningún partido, y ser un intelectual orgánico de la universidad, que en nuestros países busca adelantar la civilización contra la barbarie. Defender e impulsar la universidad y las luchas por la democracia, la liberación y el socialismo en América Latina y el mundo, me llevó a privilegiar las posiciones tácticas de la izquierda del gobierno mexicano y del lombardismo, aunque con más simpatía que ellos por los comunistas, y con más empatía con los católicos y liberales del PAN, en los que siempre destaqué a los que sacaron a la derecha mexicana de las cavernas, encabezados por el maestro Gómez Morín.

Mis vínculos con América Latina fueron muy fuertes, y en ellos sobresalen los que tuve y mantengo con quienes iniciaron los movimientos revolucionarios y democráticos de Guatemala, Cuba, Chile, Nicaragua, El Salvador y Haití, para mencionar algunos de los más importantes.

La defensa de Guatemala frente a la ofensiva de Foster Dulles y el imperialismo norteamericano, que entonces alcanzaron una “gloriosa victoria”, me valió estar en la lista negra de Estados Unidos durante varias décadas, y al mismo tiempo fortaleció mi

amistad fraternal con Luis Cardoza y Aragón, a quien debo un curioso método de criticar las revoluciones sin volverse contrarrevolucionario, y de apoyar las revoluciones sin volverse adulón. Cardoza fue pionero en un método que otros —como Octavio Paz— no lograron dominar, y que consiste en distinguir claramente el pensamiento neoconservador, hecho de argumentos de izquierda que se emplean para apoyar a la derecha y para apoyarse en ella, del pensamiento que critica las revoluciones pero siempre con ellas y con los pueblos desamparados, como el de Guatemala, o poderosos, como el de Cuba.

Con los Cardoza —en los seminarios con whisky de los domingos— alcancé a dominar a la perfección un método que durante más de una década me ligó a los encuentros de Socialismo en el Mundo que organizaba la Academia de Ciencias de Yugoslavia, y que hoy me liga a la Fundación Sistema y a la revista sobre *El Futuro del Socialismo*, que auspician los partidos socialdemócratas encabezados por el de España.

Mucho más he aprendido en estos años, y mucho más pienso aprender, pero creo que mi formación estaba casi hecha cuando en 1968 tuve que reformular algunas hipótesis sobre mi país, y cuando en 1989 tuve que reformular otras sobre el mundo. Con todos los cambios, seguí y sigo pensando en términos de la explotación, la democracia y el pluralismo ideológico.

En 1968 mis hijos, encabezados por Pablo, me enseñaron a deshacerme de mi estilo de pensar lombardista o populista. Con enorme dificultad aprendí con ellos, y con su generación, a dar a la democracia, en la que siempre había pensado, un nuevo contenido y un nuevo impulso.

En la rectoría fui el mejor alumno de la universidad; conocí las entrañas del Estado desde mi autonomía.

En mi formación, la última que me ayudó fue Marianne, con quien aprendí a rechazar la muerte innecesaria, y a dominar el arte de vivir varias veces.